

## El alarido

Covadonga González-Pola

Todos los años me sentía igual de triste cuando empezaba a ver los anuncios de la vuelta al cole en la televisión. Niños aparentemente felices a los que no les importaba madrugar y tenían cara de estar demasiado despiertos inundaban carteles en la calle y los anuncios de la tele durante la última semana de agosto. Lo que yo no imaginaba entonces, era que nunca iba a regresar a mi colegio, ni los extraños acontecimientos que iba a vivir en el duodécimo verano de mi vida.

Como cada verano, mis padres me habían llevado con ellos a pasar la última semana de vacaciones en una casa que se encontraba en medio del bosque, a más de dos kilómetros del pueblo más cercano y de la que no se podía salir sino en coche. A ellos, les encantaba: no dejaban de decir todo el tiempo “qué planazo”, “qué bien se está aquí”, y otras sandeces. Yo, mientras tanto, me aburría sin niños con los que jugar y todo lo que podía hacer era leer cuentos y columpiarme aburrída, mientras mi padre me empujaba una y otra vez. Sin embargo, aquel verano iba a ser distinto. Lo supimos en cuanto cayó la noche.

Teníamos la costumbre de salir algunas veces a ver las estrellas, libres de luces y farolas en tan apartado lugar. La verdad es que era muy bonito, aunque a veces diera un poco de miedo. Así que yo siempre le pedía a mi madre que me acompañase. Y cuando abrimos la puerta, en aquel primer anochecer, las dos contuvimos la respiración, al ver *algo* que se movía, desde la entrada de la casa y se escondía rápidamente en el bosque. Me asusté y agarré el brazo de mi madre.

—¿Qué era eso?

—No lo sé, hija. Pero no te preocupes. El bosque siempre está lleno de sombras y ruidos, así que no será nada. Seguramente, era un gatito que...

Pero un chillido espeluznante la interrumpió. Las dos nos quedamos secas, a la vez que sentía que un escalofrío me recorría la nuca.

¿Habéis ido alguna vez a la matanza de un cerdo? Yo estuve una vez y fue una de las experiencias más espeluznantes que he presenciado. El cerdo lucha por su vida y, desesperado, se niega a salir de su cochiguera, todos los hombres del pueblo tiran de él, y entonces el cerdo empieza a dar alaridos. Son muy parecidos a los de una persona, como un chillido desesperado, exageradamente agudo y desgarrador, pero no fingido como los de las películas de terror, sino con una esencia animal, instintiva, de patética pena y terror que no se pueden comprender desde lo racional. Debes pensar en cómo gritarías tú si estuvieras a punto de ser apuñalado. Así era el grito que nos dejó pálidas.

—Podría ser un jabalí —explicó mi madre, aunque noté que le temblaba ligeramente la voz—. Es posible que se haya estado resguardando aquí y ahora que hay gente, se haya desconcertado. No te preocupes, no se va a acercar. Además, ya sabes que siempre cerramos bien la casa por la noche.

Pero yo apenas dormí. En el bosque siempre se oyen sonidos extraños, no es sólo el cricrí del grillo, sino los aullidos de los perros de las perreras, los graznidos de algún ave nocturna y, en medio de tanto silencio, se mezclan en tus sueños y los convierten en las más fantásticas y aterradoras pesadillas. Al día siguiente, tal vez porque había dormido mal, estaba aún más preocupada. Fue mi padre quien me tranquilizó, cuando, de nuevo al atardecer, volvimos a oír el mismo crispante y terrorífico alarido. Esta vez, lo que fuera que dejase escapar aquel sonido, permanecía dentro del bosque.

Mi padre, al verme tan asustada, me llevó a la cama un vaso de leche caliente y se quedó conmigo hasta que me quedé dormida. Con él a su lado me había quedado más tranquila, segura de que, sucediera lo que sucediera, él estaría allí para protegerme. Pero mi sueño se vio interrumpido a las cuatro de la mañana.

Habíamos bajado las persianas y estaba todo tan oscuro que veía todo igual de negro con los ojos abiertos que cuando los tenía cerrados. Me había abrigado demasiado y notaba que había sudado y que mi sudor ahora estaba frío y me hacía tiritar. Sólo percibía ese frío hasta que, en algún lugar, detrás de mí, aquel horrible alarido volvió a sonar. Demasiado cerca. Era como el peor de los presagios, tenía la sensación de que aquel terrorífico sonido me acechaba, me anunciaba algo extraño, sobrenatural, algo que mi mente no alcanzaba a comprender. Y, de pronto, tuve la absoluta certeza de que, fuera lo que fuera aquel ser que vivía en el bosque, estaba allí por mí. Empecé a sentir cómo mi respiración se entrecortaba e, incapaz de mantener el control, empecé a chillar y a sollozar.

Por fin, alguien encendió la luz. Eran mis padres quienes, soñolientos y alarmados, habían acudido a mi habitación.

—Viene a por mí, viene a por mí —era todo lo que podía repetir en un murmullo, mientras no paraba de llorar.

—Tranquila, hija —me dijo mi padre—. No es nada, sólo es un animal. Tiene que ser un jabalí, tal vez un jabato que ha perdido a su madre y la está buscando. No te va a hacer nada.

—¡Es que tú no lo entiendes! Viene a por mí —le contradije antes de esconderme entre las sábanas, temblando.

Aquel día no me dormí hasta que amaneció, ni mi padre tampoco. Se quedó conmigo hasta que se hizo de día y yo estuve lo suficientemente agotada para que el sueño me venciera.

Cuando me desperté, ya a mediodía, mi madre me sacó fuera, al porche, a pintar con ella. Me puso el desayuno al lado y me dejó que utilizase sus carísimas acuarelas para hacer un dibujo. Mi padre apareció poco después: había estado caminando por el bosque, tratando de encontrar al jabalí. No había hallado nada, aunque sí algunas zonas de alta hierba aplastada. Aquello era un signo inequívoco de que los jabalíes se habían acostado allí a dormir. Mi padre se acercó, me dio un beso en la frente y me aseguró que, si volvíamos a oír aquel chillido, avisaría a los forestales para que fuesen a averiguar qué estaba sucediendo.

Tras haber dormido y con la luz del día, pude por fin relajarme y terminé un precioso dibujo —o eso me dijeron mis padres— antes de la hora de comer.

—Mamá, ¿puedo hacer otro después de comer con tus tóperas? —pregunté, animada por la idea de pasar la tarde distraída y ya menos preocupada.

—Lo siento hija, pero no he traído tóperas.

—¿Cómo que no? ¿Y esa mancha de tópera blanca que hay en el césped? —le pregunté, señalando al suelo.

—Anda, vaya —se extrañó—. Pues no sé, yo no las he traído. Imagino que será una mancha más antigua. Pero puedo dejarte las acuarelas todo el tiempo que quieras. ¿Qué vas a pintar ahora?

—Voy a pintar una playa, y un acantilado.

Y pinté hasta el anochecer, sin preocuparme más por el sonido. Sin embargo, les pedí a mis padres que aquel día cenásemos dentro y no en el porche, pues me daba aún cierto miedo volver a oír aquellos alaridos tan siniestros. Mi padre me preparó mi cena favorita y, después, me senté en un sillón junto a la chimenea —apagada en verano— a leer un libro. Mientras estaba enfrascada en la lectura, me llegó un ligero sonido metálico, como si las láminas de la chimenea se hubiesen movido.

—¿No habéis oído eso? —pregunté, asustada de nuevo.

—¿El qué? —me preguntó mi madre.

—Nada, nada... —dije, volviendo a mi lectura.

Pero habría jurado que, desde lo alto de la chimenea me había llegado un jadeo, una respiración profunda, intensa.

—¡Despertad, despertad! —chillé, entrando a tientas y temblando en la habitación de mis padres.

—¿Qué sucede? —dijo mi madre, alarmada, mientras encendía la luz.

Eran casi las seis de la mañana y yo no podía parar de llorar.

—¡He vuelto a oírlo, el chillido! Pero esta vez no venía de fuera, está dentro de la casa. ¡Está en el salón! ¿Veis? ¡Os lo dije! Viene a por mí.

Mis padres se miraron el uno al otro, con seriedad.

—Pero hija, cómo va a ir a por...

El chillido, aquel alarido siniestro, que se movía entre lo humano y lo animal, entre el terror y la desesperación de estar al borde de la muerte, interrumpió la réplica de mi madre. Y, otra vez, procedía del salón.

—Está bien, vamos —decidió mi padre, agarrando el bastón que solía utilizar para sus marchas por el campo—. Sea lo que sea, vamos a averiguar qué es.

Mi padre avanzó primero. Tras él, mi madre y yo al final, escondida tras ella y cogiéndola de la mano. Mi padre abrió la puerta del salón y encendió la luz.

—Qué raro, parece que aquí no hay nadie.

—Mirad... —me aventuré, con la voz quebrada.

Era la misma mancha blanca, que yo había identificado como de una ténpera aquella tarde sobre la hierba. Estaba sobre la moqueta, pero también sobre un montón de libros que descansaban sobre la mesa del comedor, y sobre una de las orejas del sillón en el que yo me había sentado antes de irme a dormir.

Empecé a respirar con dificultad. Mi madre me agarró la mano con fuerza.

—Está aquí —dijo mi padre—. Sea lo que sea, está aquí.

—Vamos a mover los sofás —dijo mi madre—. Hija, tú quédate aquí en la puerta si quieres.

Mis padres movieron las cortinas, para dejar que entrase la luz del amanecer, pues el sol ya comenzaba a asomar por entre las montañas. Cada uno por un lado, comenzaron a arrastrar uno de los sofás para mirar detrás. Yo cogía aire, dispuesta a contener la respiración, pero no me dio tiempo. Me atraganté al oír los gritos de mis asustados padres, que soltaron el sofá a la vez y se agacharon, cubriéndose las cabezas con las manos.

Era lo más maravilloso que nunca hubiera visto. Tenía una mirada curiosa, pero a la vez sabia, y sus plumas eran del más brillante color blanco en la parte inferior. La parte superior de su plumaje era de tonos ocre, igual de resplandecientes y elegantes y se extendían, mostrando su envergadura de más de un metro, que le daba un porte mágico, poderoso y sabio. La lechuza estaba asustada, desorientada, y había echado a volar al sentirse descubierta, dándose un cabezazo contra una de las ventanas, pero incorporándose a toda velocidad, y dando tumbos por toda la habitación, en busca de una salida.

—Tened cuidado, ya sabéis que un animal asustado puede ser peligroso.

Mi padre echó mano del bastón y, con cierta dificultad, consiguió abrir la ventana. La lechuza, que se había quedado parada sobre la mesa del comedor, pareció quedarse mirándome un segundo, antes de desplegar de nuevo sus imponentes y preciosas alas y emprender un majestuoso vuelo, a través de la ventana y hacia el bosque.

Nos miramos, aún conmocionados, emocionados.

—Qué preciosidad —dijo mi madre—. Así que era eso. ¡Una lechuza! Jamás lo habría imaginado. Debía de estar despistada y se ha colado por la chimenea accidentalmente. ¿Ves hija, como no venía a por tí?

—Me temo que en eso te equivocas —la contradijo mi padre, que estaba escrutando la chimenea. Acercó la mano a su interior cogió un sobre de papel—. Hija, efectivamente, la lechuza te estaba buscando a ti.

Me entregó el sobre, que yo cogí con manos temblorosas. Era de un papel excelente y de aspecto antiguo. Mi nombre completo estaba escrito en el destinatario, con letras caligráficas perfectas. Le di la vuelta. En el remitente se podía leer: Hogwarts, Escuela de Magia y Hechicería.